



# SAMUEL BLIXEN

29 de agosto de 1867 - 22 de mayo de 1909

(Continuación de la Pág. 1)  
que, como se ha dicho, no se sabía cuándo y cómo realizaba, dado lo múltiple de su actividad. Pero también se ha afirmado que su prodigiosa memoria y penetración le permitían de una ojeada llegar a lo esencial de lo contenido en las obras cumbres. De todas maneras, buena bibliografía lo respaldaba. Demuestra estar al día. Y para ello, como de una compañía excepcional. Porque "la esposa, doña María Carolina Ramírez, conocida íntimamente por "Melina", fue todo un espíritu. Me basta haber tenido el privilegio de tratarla para conjugar en parte el vacío de no haber conocido a "Suplente". Fue mujer de cultura refinada en la época. Poseía varios idiomas a la perfección. Gracias a todo ello supo ser compañera y madre superior. Y están los hijos, con su talento, con su alejamiento modesto y su sencillez admirable como prueba. No es sólo galantería de un hombre cariñoso, lo que le hace tener una con estas palabras a Blixén en "advertencia del 'Estudio Compendio de la literatura contemporánea'": "...tendría que colocar en la primera página de este compendio, otro nombre, para mí muy querido: el de la cariñosa compañera de mi vida y de mi hogar, que ha compartido conmigo, durante tres años, la pesada labor de allegar los elementos generadores de estos apuntes históricos. Pero si la modestia de la mujer impide que figure en la portada de esta obra el nombre de María Carolina Ramírez, vaya el aquí, y tenga sobre la suerte de este producto de nuestros comunes afanes, la bienhechora influencia que ha tenido sobre la suerte de mi vida entera".

¿Sus seudónimos? D. Arturo Scaione —siempre sagaz—, aclara el problema. Primeramente, antes de 1897, usó el de "Charles Blanc". Más adelante firmó "Uno de la Pléiade" (como lo hace en el libro "Desde mi Butaca", editado en 1894). Desde el 9 de febrero de 1899, utiliza la firma que se hizo más famosa: "Suplente", que lo identificará hasta su muerte en distintas hojas periodísticas.

Cuatro diarios supieron de su contribución: "El Siglo", "La Tribuna Popular", "El Día" y muy especialmente "La Razón". Y en todos ellos —no obstante los motivos que los distanciaban— dejó intacto su recuerdo. Bien pudo decir Rodó, al despedirlo en nombre del Círculo de la Prensa —de cuya primera comisión directiva el muerto era vicepresidente—: "representaba al hombre de talento que ha logrado salvar la libertad de su espíritu frente a las tentaciones de la pasión política y de la utilidad, y que se consagra, con entusiasmo impenitente, al culto de las imágenes de belleza y de espiritualidad que le cautivaron al ver abrirse ante sus ojos al espectáculo del mundo". El periodismo —y el teatro— absorbieron su vida. Sus libros "Cobra Vieja" (1890) y "Desde mi Butaca" (1894) representan algo muy poco, de lo mucho que dio para los cañistas diarios, a pesar de la posición serena, po-

ética, que asume en "La visión del Maestro" —un Blixén apostólico— hasta la nota ágil y al parecer intrascendente sobre una compañía de ópera barata, el articulista desarrolla aquellas largas parrafadas tan características de su manera y que para una interpretación estilística están diciendo que le sobran posibilidades, que no hay trabas para el desarrollo gramatical de su frase, que es superabundante el material que admite ya frente a un hecho de la vida o ante la contemplación de un espectáculo. En estilo de un espíritu sano, en el que reacciones propias y lecturas se van sumando en una frase larga, larga como su visión de la vida, larga como su deseo de mejoramiento para todos, larga como su esperanza de que el medio en que actúa llegue a culminar en realidades de cultura, larga como la profecía de Rodó, que ojalá sea cierta: "El nombre de Samuel Blixén vivirá en nuestra tierra mientras quede en ella un rastro de interés por la cultura del espíritu y los deleites superiores del arte". A su muerte no faltó quien dijera que Blixén se fue sin dejar una obra maestra. Y se olvidaron dos realidades: 1) que el optimismo, la confianza de "Suplente", no le permitieron pensar en la necesidad de summar todas sus experiencias en un solo libro de excepción, ya que tendría tiempo suficiente para ello, mientras sus impulsos generosos iban dando diariamente miel a los demás sin pensar en sí mismo y en el futuro de su derrotar; por otra parte, el periodista grande —mientras va formando lectores sin saberlo— muchas veces se ve atado a las fluctuaciones de los gustos, en esa especie de oferta y demanda animal que, subconscientemente, lleva a descender las posibilidades de la creación; 2) que entre el material no acumulado en antologías pero que vive en las hojas terrosas de nuestras bibliotecas, en la enorme producción diarística no convertida en libro, está precisamente lo mejor de Blixén en materia crítica, su visión de nuestros grandes momentos teatrales, que cuando se publique, va a traer de nuevo, sino la popularidad de que gozó en su momento —porque, por desgracia, ya estas cosas no llegan a lo popular—, pero al menos el prestigio entre las gentes de cultura que en sus tiempos lo llamaron Maestro con mayúscula.

Entre redacciones y escenarios pasó la vida. El mismo se motejó de "oculista" envejecido a la luz de las candilejas y en el ambiente saturado de polvo que se respira detrás del telón de boca, antes de cumplir 27 años. Nadie hizo más que Blixén por el teatro en nuestro ambiente. Dirigió la opinión, aplaudió, admiró la belleza de los artistas y de las damas que asistían al espectáculo, criticó a las carpenteras por su bullicio, se mojó de aquellos que se reían —como siguen haciendo— en los momentos patéticos y de los que lloraban —como siguen llorando— en los de máxima ridícula o cursilería; se hizo amigo de actores, autores y empresarios, y —con las máximas manifestaciones

del verdadero goce— ante la presencia de una Sarah o de cualquier otro grande de las tablas y había pensado en el análisis de alguno, porque tenía genio interpretativo, o la caída de otro, porque algún otro detalle le había permitido pasar un momento de satisfacción espiritual. Dijo un pensamiento, que expresa bien la reacción montervideana del 90: "El teatro es nuestra única pasión artística". Desde su butaca dirigió la total orquesta escénica, integrada por gentes de más allá y más acá de los telones. Mucho del auge teatral en la primera década del siglo XX, se debe a su pluma. Y es curioso hacer notar que, a dos años de la muerte de Blixén —claro que surgen otros factores nuevos al margen de sus desaparición— comienza a descender la gráfica de asistencia a los escenarios. El teatro uruguayo, desde el 90 al 1909 —precisamente su época de mayor esplendor— fue Samuel Blixén. No creo en la exactitud de la frase de Rodó, cuando afirma que "su nombre será glorificado siempre como el del fundador del teatro nacional". No, el teatro tuvo un desarrollo de todo un siglo, aunque sea en pininos, y hubo esfuerzos nobles antes de que Blixén calzara el coturno. Pero él fue el impulso definitivo. El fijador. El que se sintió e hizo satisfacer a los demás con su entusiasmo prodigioso. Tuvo el culto de la modernidad, pero sin caer en iconoclastismo, pedregosos y exagerados repectos. Los grandes de otros tiempos, además produjo, y bien, para las tablas. Hay obras de Blixén que pueden sostener la lucha con el tiempo. Otras fueron reacción de época, de esas que necesariamente se van con los años. En ellas siempre domina un diálogo ágil, un desarrollo fino, un conocimiento de la vida en salones aristocráticos, y un delicado manejo del "mattier". He leído o oído o conocido los títulos —por dificultades insalvables—, las siguientes: "Frente a la vida", "Un cuento al Tío Marcelo", "Primavera", "Verano", "Otoño", "Invierno", "Ajeno", "La suerte loca" (sarguela con música de Logheder), "El violín mágico" (traducción en verso del poema dramático de François de Coppée "Le Juitier de Grémone"), y "Jauja" (cuento de hadas, con música del maestro Adolfo Errante). Como sorpresa hallé en "Blanco y Negro" de Madrid (16 oct. 1897) la noticia de que sus grandes amigos, los esposos Guerrero-Díaz de Mendosa, pensaban estrenarlo, en el Teatro Español, de la capital hispana, una obra titulada "La Paheca". Consultada al respecto la finísima intelectual Srta. María Amalia Blixén Ramírez, me ha informado que su padre, quitado por urgencias de su múltiple actividad, nunca terminó la referida comedia.

Fue un gran crítico, y, caso curioso, no quería serlo. Tenía el sentimiento del don de la crítica; el don de admirar (Rodó). Dominábale la suficiente elegancia de espíritu, para no caer en el sagrado mortífero, que poco o nada ha hecho, pero se satisficó únicamente en hallar errores a los demás (siempre más fácil

que crear). Admiraba y respetaba, renunciaba a hacer de los pequeños defectos "esa crítica enana que desmanta y destruye, y que se parece, según la frase gráfica de los Goncourt, "al trabajo antipático y repulsivo de un horneigero sobre un cadáver". ("Desde mi butaca", T. I, p. 74.)

Y en esos cuatro lustros de acción hizo versos, sin mayor originalidad pero de perfecta técnica (véase Rodó), actuó en Juegos Florales. Participó en 1896 una excelente comedia infantil, con más de cien actores (V. art. del autor: En el centenario de Bretón, Supl. de "El Día", 28 enero 1961), que representaron "Jauja", "Rifa Pancho" y "La verbena de la Paloma", en Solís, a beneficio del Ateneo; fundó "Rojo y Blanco", una de las revistas más simpáticas y cultas que hayan visto la luz en Montevideo, actuó en estas y bienas políticas, fue secretario del Comité Ejecutivo Nacional de su partido, secretario relator de la Cámara de Representantes, y también llevó la secretaría en las misiones al Congreso Panamericano de Rio de Janeiro y a la Conferencia Internacional de la Paz, en La Haya. Y entre tanta actividad, como dijo Julio M. Sosa, "Blixén no podía tener enemigos". No era el doctor Blixén un modelo de austeridad para las tareas burocráticas de su cargo, expresó el Dr. Antonio M. Rodríguez, "un tanto incompatibles con las modalidades de su espíritu artístico y algo bohemio, pero en cambio en los grandes momentos... no sólo se daba al desempeño de su cargo, y su laboriosidad excepcional, sino que era algo más que un Secretario, era un colaborador inteligente y activo de antesala". Agréguese a todo ello, los siguientes libros, no editados anteriormente: "Prolegómenos de Literatura", "De Minas al Cerro", "Formas azules" y "Casos, dichos y anécdotas", aparecido el mismo año de su muerte. Es esta última una obra rara. No obstante la belleza de su presentación "art nouveau", impresiona desfavorablemente al lector. Pero a medida que el lector va adentrándose en sus páginas, no las abandona hasta llegar al colirio, lamentando que tal suya de gracia de la mejor clase haya terminado. Un divino desorden termina en el tomo. Anécdotas casí y las Hiplatenses, entre ellas es el famoso Pascual Díaz, y otras de tono subido, tratadas con una sencillez, con una naturalidad de "casualidad" que dan la sensación de relax en una tertulia. No tiene la, en sí, aquella contestación del crítico brasileño Barón de Cotegipe a nuestro ministro en Rio, Dr. Vazquez Sagastume, cuando lo citó para pedirle explicaciones sobre la cuestión, tema a que se obligaba aquí a las embarcaciones del Brasil. Ante la defensas del diplomático, basada en necesidades profilácticas, el candente estudiante a nuestra tendencia, Herrera de entonces, le dijo: "O senhor acredita então que o mundo deve morrer degolhado? Deixar a gente morrer também da febre amarela?". Y así, entre crónicas de vida, que es lo mejor de su obra, según su

periodista argentino, defensas de lo grande, ataques contra lo chabacano, ya en las "Charlas de un montevideano" o la "Pequeña correspondencia" de "La Razón", que tanto le elogiara el inolvidable Ismael Cortinas, Blixén desarrolla la "obra maestra": su influencia y su tutoría. "A muchos, a muchísimos alentó: no puso estorbos a nadie, dijo el autor de "Ariel" al despedirlo. En la gratitud personal que yo le debo, interpreto la de mi generación." Por algo, Rodó le dedicó su "Rubén Darío", que Blixén pagó con la dedicación de "Invierno". Había escrito prólogos a Ricardo Martínez Quiles, para su "Alma de acero", a Mateo Magariños Solsona en "Las hermanas Flammar", y a Oriol Solé Rodríguez. Sus más caras percepciones del futuro de dos personalidades literarias, viven en el saludo alborozado que dedica a la aparición de "El que vendrá" en la Revista Nacional, y a las primeras publicaciones de Julio Herrera y Reissig. Para ambos cabe la expresión de Juan Más y Pi, referida al último: La noble presentación de Blixén, "equivale al regío esparanazo con que se arma a los novales caballeros". Así jugó, el primero, a Rodó: "lean los entendidos, y no sabrán qué admirar más, si la serena hermosura de la frase, si la melodía completamente española del párrafo, o si esa concisión y esa pureza, y esa constante variedad del colorido que hace de aquella prosa un precioso trabajo de arte. Lean y dirán con nosotros que en este caso, como en otros muy contados, el verbo se ha hecho sinérgo de todas las cosas bellas; y a más de ser poeta, parece también músico y pintor". Y así presentó Julio: "He aquí una valerosa proeza. Es la revelación de un poeta y veinte años, que lleva sobre sus hombros juveniles el peso de un nombre y de un apellido muy sonoro en la historia de este país. Nuestros lectores descubrirán en los versos de Julio Herrera y Reissig, que y les ofrecamos, raras y muy buenas condiciones: frescura de inspiración, espontaneidad admirable,

novedad en las ideas. Hay imágenes que sorprenden por lo felices; alguna habrá que suspenda por lo arriesgada..."

Y este hombre, "verdadero fundador de nuestra crítica teatral", como dice Emilio Frugoni (que en esta época de iconoclastas, después de haber luchado tanto, todavía da el ejemplo maravilloso de regalarnos a los que no pensamos como él, con una obra tan afirmativa como su "Julio", "El libro de los elogios"), este Blixén, decía, se fue casi justamente el 22 de mayo de 1909. Dos días antes, le expresa entre bromas a su hija María Luisa, una niñita: "Si me muero, qué gran entierro me van a hacer!". Anécdota macabra que faltó en su libro de "Casos, ...", pero que muestra cómo las esencias fundamentales de su vida se mantuvieron incólumes hasta el final. Una dolencia renal produjo el desenlace. Montevideo no lo quería crear. Y su auto-profecía posterior se cumplió. Los timbales de Wagner, de aquel autor por él tan admirado, acompañaron con la "Marcha Fúnebre", porque, como recuerda el Sr. Lambers, falleció el día en que se recordaba el natalicio del genial compositor de "Lohengrin". Lo despidieron Espalter, A. M. Rodríguez, Rodó, J. M. Sosa, Ricardo Sánchez e Ismael Cortinas. Toda la prensa, sin tener en cuenta colores, le dedica varias columnas. Escriben los jóvenes como Ipuchá y los viejos como "Fénix". En la cátedra de Frugoni, habló el estudiante Raúl Edo. Baethgen, y en la de Schinca, Arcadio Agorri. Se forma comisión de homenaje que preside D. Eduardo Ferreira. Da lugar a discusión el problema del monumento, pero plasma la iniciativa. Y el gran Fremete Novelli, casualmente en ésta, pone el colorón de la manera siguiente: "Ho comencé a amar e a estimar Samuel Blixén quando Egil era ancora un rapazco; lo amale e lo estimale nella maturidá del suo ingegno galgardió. L'Uruguay, l'America del Sud, hanno perduto una mente grandissima, lo un impareggiabile amico".